

Los mundos de Altazor

LUIS MANUEL ZAVALA

Habitantes de la llamada *posmodernidad*, de ese espíritu desencantado que todo lo revisa y todo lo cuestiona, no podemos eludir el encuentro —en el fondo un ajuste de cuentas— con un pasado apenas reciente y, sin embargo, ya casi mítico. Hablo de la *modernidad*, instauradora de un tiempo lineal, devorador y absorbente. Hablo de esa fiebre de homenajes y desacatos, utopías empeñadas en desarmar la *Utopía*, todavía conocidas como vanguardias.

Las palabras anteriores no son sino mero preámbulo de una serie de reflexiones convocadas por la aparición de un libro publicado por la UNAM: *Vicente Huidobro poética y estética creacionistas*. Como el título anuncia, se nos muestra un ser orgánico en donde confluyen el hombre, el teórico y el poeta; mezcla congruente en la que cada parte es la continuidad y la explicación de la otra. No parece existir conflicto entre ellas y, por tanto, no habría desgarramiento (difícil resulta imaginar —¿quién escribiría la página?— un texto que se llamase, por ejemplo, “Huidobro y yo”).

Crónicas, manifiestos, poemas, prosas; ahí tendríamos los límites y albergues para cada una de las facetas de Huidobro, pero éstas se apoyan mutuamente como organismos simbióticos. En el fondo, la rebeldía del adolescente ante las imposiciones de los jesuitas es la misma que manifiesta el poeta en contra de “los catorce barrotes del soneto”. Y cuando Altazor dice: “La vida es un viaje en paracaídas...”, no hace sino responder al apremio de ese espíritu siempre demoledor e irreverente, de pensamiento, palabra y obra, que inspiró todos los actos de Huidobro.

Esa imagen cabal del poeta chileno es una de las virtudes —no menores precisamente— de la obra en cuestión, ya que nos hace más asequible una de las aventuras estéticas más sugestivas que haya emprendido la literatura hispanoamericana a lo largo de esta centuria. Asimismo, cabe destacar lo oportuno de la publicación (1994), lejos ya del arrebato que un proyecto tan provocador como el de Huidobro debió necesariamente suscitar. Ya no son la adhesión fervorosa o el tajante rechazo las reacciones obligadas ante

las incendiarias palabras del poeta; ya podemos asimilarlas desde una postura más lúcida y menos visceral.

Amén de su interés intrínseco, *Vicente Huidobro teoría y estética creacionistas* es una de esas obras cuya aparición nos obliga a buscar más allá de sus límites; generadora constante de reflexión y polémica, su lectura no puede ser impune. Imposible evitar las inquisiciones: ¿qué fue de las vanguardias?, ¿a dónde se fue el creacionismo? El propio Huidobro aventura algunas respuestas. El futurismo sucumbió víctima de sus contradicciones internas, ya fuesen metafísicas o estéticas; el precio de alcanzar el futuro es convertirlo en pasado; algunos de sus postulados, como celebrar la guerra, datan ya desde Homero. Y qué decir del surrealismo. El poeta de *Altazor* se lanza en su contra con cruel desparpajo: es el “violoncelo del psicoanálisis”. Por otra parte, defensor de una poética consciente, rechaza la escritura automática.

Otros *ismos* merecen comentario aparte. El ultraísmo fue perdiendo vigor en la medida en que su obsesión por construir metáforas inéditas iba dando frutos: las novedades inexorablemente terminan agotándose. (En alguna medida, “El Aleph” de Borges sería como una gozosa y sorprendente acta de defunción.) Aquí, en este afán de recorrer territorios inexplorados, puede inscribirse el creacionismo; sólo que su proyecto se presenta más radical: crear un mundo autónomo de la naturaleza, con flora y fauna propias: “*nom serviam...* mis árboles son mejores.” Palabras pronunciadas desde la inocente arrogancia de la juventud; palabras emitidas por el profeta que habita en Huidobro; palabras que asumen la revelación recibida: “No cantes la lluvia, haz llover.”

Arrebato, ingenuidad, insolencia, pero también una concepción del arte se agolpan detrás de esa postura. El poeta explica su actitud mediante un sencillo razonamiento —cuando menos así lo parece—: si el artista se empeña en imitar a la naturaleza, estará condenado a elaborar una copia imperfecta. En el fondo, lo que rechaza es la idea del arte como *mimesis* (la madre *Natura* siempre lo hará mejor). Entonces los rumbos del poeta son otros; debe convertirse a sí mismo en creador y, en consecuencia, obrar como un demiurgo. Pero para construir uno de esos territorios sin substancia que construyen e inauguran las palabras, el poema debe observar sus propias reglas de creación. Huidobro no lo olvida. Y si asimila la tradición es únicamente porque le sirve



La mina, 1935, acuarela/papel, 23 x 30 cm

de punto de partida para fundar una tradición nueva; el poeta es como un filtro que la depura y la pervierte.

Cada mundo nuevo necesita su profeta. La voz de Altazor se yergue desafiante: "Todas las lenguas están muertas... Hay que resucitar las lenguas / Con cortacircuitos en las frases / Y cataclismo en la gramática." Avalancha de infinitivos que urgen a la acción, asociaciones insólitas, subversión de las categorías sintácticas, metáforas visionarias...; en fin, todo lo que haga falta para lograr que la flor se coma a la abeja y el arco iris se haga pájaro. El asedio rinde sus frutos, la lengua termina por ceder; pero el triunfo del poeta no parece claro. Así, al final del viaje de Altazor ("Ai a i ai a iiii o ia") no sabemos si estamos ante los estertores de un idioma que agoniza, o ante los balbuceos de una nueva lengua. Y es que el de Altazor es un viaje que por ser ascensión es también caída. Pero el periplo no fue en vano; quedan algunos fragmentos triunfantes: "La montaña es el suspiro de Dios, ascendiendo en termómetro hinchado hasta tocar los pies de la amada." "Amo la noche, sombrero de todos los días."

Por lo demás, el germen de los logros y fracasos de Vicente Huidobro, sobre todo

de los últimos, se encuentra en sus teorías estéticas. Suelta con desenfado frases como ésta: "Un poeta debe decir aquellas cosas que nunca se dirían sin él." De pronto parece reflexionar sobre lo dicho, y alerta contra los peligros: que dicha poesía surja desde el azar, la locura o el inconsciente; de ahí su recelo frente al dadaísmo y el surrealismo. Sólo que su capacidad de crítica se muestra sagaz únicamente cuando ve la paja en el ojo ajeno; imposibilitado para ejercer la autocrítica, no pudo advertir las contradicciones de su arte. Si Huidobro resulta, como afirma Vicente Quirarte en el prólogo, la personalidad más antipática de nuestra vanguardia, creo que se debe en gran medida a su ligereza, la cual puede tomarse como petulancia. Para muestra, sirva la carta que envía a su amigo y crítico Thomas Chazal:

Horizonte cuadrado. Un hecho nuevo inventado por mí, creado por mí, que no podría existir sin mí. Deseo, mi querido amigo, englobar en este título toda mi estética, la que usted conoce desde hace algún tiempo.

Sí, el poeta chileno tenía razón: "El adjetivo, cuando no da vida, mata." Pero aquí el problema es otro. Por supuesto, *cua-*

drado no vivifica a horizonte pero tampoco lo mata, es que sencillamente no lo toca; y no lo toca porque el adjetivo no se dirige a la sensibilidad; ésta, educada en la tradición, no puede sino permanecer impávida. Crear nuevos mundos tiene sus riesgos, más cuando se pretende eliminar toda referencia. Condenado a la vacuidad o el aislamiento, el poema termina prisionero de sí mismo.

De cualquier manera, el libro está salpicado del genio de Huidobro. Magnífico Altazor, aprovecha cualquier resquicio y nos encandila con su teoría del arte como resultado del conflicto entre la memoria *atávica* y la memoria *adquirida*; nos seduce con sus disertaciones sobre los héroes, o nos sorprende con los fragmentos finales ("La vida es una multiplicación de olvidos... ¿Te acuerdas?"). Después de la lectura, la reflexión y la nostalgia; la añoranza de la vanguardia, de ese estado de gracia en que nuestros poetas —como señala Octavio Paz— no conocieron la duda. ♦

Vicente Huidobro *poética y estética creacionistas*, selección y prólogo de Vicente Quirarte, UNAM, México, 1994. 312 pp.

La Gaceta

DEL FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

NUEVA ÉPOCA NÚMERO 298 OCTUBRE DE 1995

Medicina y enfermedad

RUY PÉREZ TAMAYO: LOUIS PASTEUR (1822-1895)

WILLIAM B. OBER ♦ SUSAN SONTAG ♦ CONRADO TOSTADO ♦ OLIVER SACKS

PHILIP SANDBLOM ♦ FRANCISCO HINOJOSA ♦ PEDRO LAÍN ENTRALGO

CARLOS LÓPEZ BELTRÁN ♦ STEPHEN JAY GOULD

ROBERTO RANSOM ♦ TULO HOSTILIO MONTENEGRO

Poemas de THOM GUNN, MIROSLAV HOLUB, CARMEN BOULLOSA, PAUL MULDOON

